

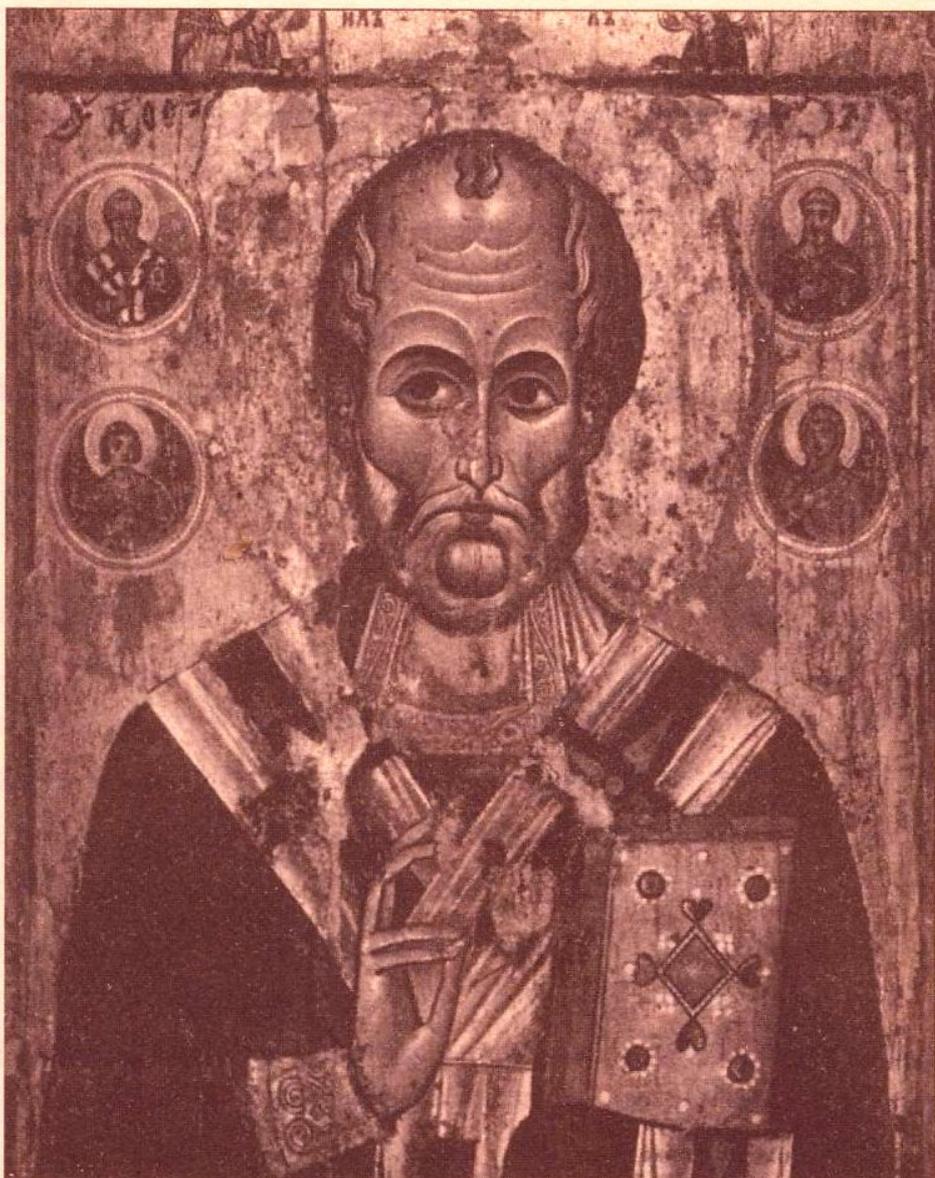
SANTA CLAUS

UNA BIOGRAFÍA

GERRY BOWLER

I

Su larga gestación y oscuro nacimiento



Una tarde en Belén, en el año 26 del reino de César Augusto, un grupo de astrólogos-magos llamó a la puerta de una casa en la que estaba hospedada una familia joven de Nazaret. Llevados a la presencia de la nueva madre y su hijo, estos visitantes extranjeros a quienes la leyenda contará como tres y les dará los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar, desarrollaron sus paquetes y le presentaron al bebé regalos de oro, incienso y mirra. Así fue como se entregaron los primeros regalos de Navidad.

Curiosamente, pasarían siglos antes de que la relación entre la celebración del nacimiento de Jesús y los regalos se esparciera por todo el mundo. Los primeros cristianos pensaban que marcar el nacimiento de su Señor no era diferente al modo en que los paganos honraban a sus gobernantes. En el siglo III, el teólogo alejandrino Orígenes se oponía a que se observara el aniversario del nacimiento de Cristo como si fuera una especie de "Rey Faraón". Los creyentes trataban de pasar inadvertidos entre sus vecinos en el imperio romano, y caminaban por una línea muy fina entre inofensivas actividades culturales y la participación en prohibidas ceremonias paganas. Como la mayoría de los festivales de la época tenían un fuerte componente religioso, no es de sorprender que los líderes

cristianos tuvieran serias reservas sobre la manera en que su rebaño celebraba sus festividades, particularmente las extravagancias que marcaban el final del año.

El mundo romano empezaba sus festivales a fines de diciembre con las saturnales, en las que durante cinco días, a partir del 17 de diciembre, honraban a Saturno, una antigua deidad agrícola. Todo el trabajo, excepto la preparación de alimentos, estaba prohibido, y todo el mundo, durante un corto periodo, se ponía de cabeza. Temporalmente, esclavos y amos intercambiaban papeles, y se elegía un Señor del Desgobierno para presidir sobre ese breve retorno a una anterior Era Dorada. Era una época obligatoria de júbilo, banquetes, apuestas, suspensión de pleitos, travestismo y mascarada. Las casas se decoraban con velas y plantas, y los amigos intercambiaban pequeños regalos; a los niños les daban muñequitos (quizá como recuerdo de la época en que se hacían sacrificios humanos para asegurar la fertilidad de la cosecha). Luego llegaba el solsticio de invierno, Brumalia, y tras su introducción en 286 d.C. la Fiesta del Sol Invencible, un día que debía inspirar patriotismo y buenos pensamientos sobre el emperador, lo que llevó a las calendas de enero, que marcaban el principio del año nuevo.

El pagano del siglo IV Libanio de Antioquía dijo lo siguiente sobre esa celebración:

El festival de las calendas se celebra en todas partes por las que se extiende el imperio romano... El impulso de gastar se apodera de todo el mundo... La gente es generosa no sólo hacia sí misma, sino hacia sus semejantes. Por todos lados fluyen ríos de regalos... El festival de las calendas borra todo lo que tenga que ver con el trabajo, y permite a los hombres entregarse a la alegría sin interrupción... Otra gran cualidad del festival es que enseña a los hombres a no aferrarse a su dinero, sino dejarlo pasar a otras manos.

Los cambios políticos en el siglo IV abrieron el camino a la cristiandad, primero como una religión tolerada entre muchas y luego como la fe oficial del imperio. Esto llevó a la abierta celebración de la Navidad y a elegir el 25 de diciembre como su fecha. San Máximo de Turín mantiene el argumento anti-celebración de Orígenes en mente cuando dice:

Conocen bien la alegría y las fiestas que hay cuando se celebra el nacimiento del emperador en este mundo; cómo sus generales y príncipes y soldados, adornados en vestidos de seda y ceñidos con preciosos cinturones trabajados en brillante oro, buscan entrar en presencia del rey de forma más brillante que la usual... Si, por lo tanto, hermanos, los de este mundo celebran el nacimiento de un rey terreno con tal despliegue por la gloria del presente honor, ¿con qué solicitud debemos celebrar el nacimiento de nuestro rey eterno, Jesucristo? ¡Quien en retorno por nuestra devoción derramará sobre nosotros gloria eterna, no temporal!

El cristianismo también puso fin a muchas de las celebraciones paganas, pero los habitantes del mundo romano podían seguir disfrutando las atracciones de estas festividades de la temporada invernal; las observaciones que habían acompañado a las saturnales y a las calendas, fueron transferidos a fiestas cristianas más nuevas: Navidad y Epifanía. A pesar de las frecuentes exhortaciones en contrario, los ciudadanos siguieron marcando las nuevas fechas de viejos modos. En enero del año 400 d.C. el obispo Asterius de Amasea dio un sermón en el que criticaba a los cristianos por la forma en que daban regalos en las celebraciones.

¡Oh, qué absurdo! Andan todos merodeando con la boca abierta, esperando recibir algo de los demás. Los que han

dado están decepcionados; los que han recibido un regalo no lo conservan, porque el regalo va de mano en mano, y el que lo recibió de un inferior se lo da a un superior. El dinero de este festival es tan inestable como las pelotas con que juegan los niños, y rápidamente pasa de mí a mi vecino. Es sólo una forma nueva de soborno y servilismo, al que se enlaza inevitablemente el elemento de la necesidad. Hasta al más eminente y respetable se le intimida a dar. Una persona inferior pide descaradamente, y todo se mueve por grados hacia los bolsillos de los hombres más eminentes...

Este festival enseña hasta a los niños pequeños, simple y llanamente, a ser avaros, y los acostumbra a ir de casa en casa con regalos novedosos, frutas cubiertas con oropeles de plata. Por ellos reciben a cambio regalos del doble del valor, y así las tiernas mentes de los jóvenes se empiezan a impresionar con lo que es comercial y sórdido.

Este fue un lamento frecuente de los clérigos en los siguientes siglos, y si bien las autoridades suprimieron algunas de las conductas más egregias, como por ejemplo el travestismo o desfilarse cubiertos en pieles de animales, la tradición de hacer regalos en invierno y año nuevo, persistiría.

A lo largo de la Edad Media, la temporada navideña (y debemos recordar que Navidad siempre ha sido una temporada y no un solo día) se asoció a los regalos. Se daban regalos de varias maneras y por diferentes razones. Las relaciones feudales, clave para el suave funcionamiento de la sociedad medieval, se solidificaban a través de ellos. Los regalos subían y bajaban por la escala social y se calculaban con precisión. Los cortesanos le daban regalos al rey para demostrar su fidelidad, reyes y papas para demostrar su munificencia y las ventajas del servicio leal. Un italiano de visita en Inglaterra a fines de 1400 anotó: “Los súbditos dan a sus superiores,

y los personajes nobles dan a los reyes algunos grandes regalos, y para gratificar su amabilidad, los recompensan con liberalidad nuevamente con algo.” (La reina Elizabeth I registraba fríamente el valor de cada regalo que recibía, muchos de ellos, en efectivo.) Al final de esta escala social, los regalos podían incluir ser armado caballero, o recibir un terreno selecto o entrar en una orden caballeresca. Un vistazo a las cuentas de figuras de autoridad desde un humilde hacendado a un poderoso monarca revelaría una larga lista de gastos en regalos de temporada para sirvientes, músicos, niños de coro, amigos y vecinos. Los arrendatarios posiblemente tendrían que dar “detalles” a sus terratenientes, y los terratenientes quizá tuvieran que invitar a sus arrendatarios a un banquete en Navidad, cuando el trabajo de la granja era ligero. Pocos creían que tales regalos fueran desinteresados. Estos señalaban el reconocimiento de servicios pasados, o la promesa de un mecenazgo futuro, o insinuaciones de que el donador buscaría al destinatario para que lo ayudara en el futuro.

También era una época en la que era posible acercarse a los más prósperos de la sociedad para recibir “propinas,” los clientes notaban que los ayudantes de su carnicero o verdulero los buscaban, a los abogados se acercaban litigantes rurales, y cada año, los dueños de casa eran abrazados por todo mundo, desde portadores de antorchas hasta barrenderos y recogedores de basura. La práctica rayaba en la extorsión y este edicto de Londres del siglo XV, dirigido a los servidores civiles, muestra la acostumbrada desaprobación:

En virtud de que no es apropiado ni agradable a la propiedad que aquellos que están al servicio de hombres reverendos, y que por ellos y a través de ellos, tienen la ventaja de contar con alimento y vestiduras, así como también con recompensas, o remuneración, en grado competente, si por perversa costumbre mendigan esas personas, como

indigentes; y viendo que en otros tiempos, cada año en la fiesta de la Natividad del Señor, de acuerdo a cierta costumbre, que ha crecido hasta convertirse en abuso, los ayudantes del Alcalde, los Comisarios y de Cámara de la mencionada ciudad, personas que tienen alimento, vestido y ventajas apropiadas resultantes de su oficio, con la excusa de solicitar una oblación, han mendigado muchas sumas de dinero de cerveceros, panaderos, cocineros y otros vitualleros; y en algunas instancias, más de una vez, han amenazado malamente con causarles alguna lesión si se negaran a concederles algo; y con frecuencia han prometido a otros, que a cambio de algún presente, prestarían su indebida ayuda en silencio; para gran deshonor de sus amos, y para la pérdida de la ciudad en común: debido a ello, el miércoles, último día de abril, en el 7º año del rey Enrique Quinto, William Sevenok, el alcalde y los regidores de Londres, ordenan y establecen que ningún ayudante u otro sargento del Alcalde, o Comisarios, o de la Ciudad, en el futuro deberá pedir o requerir a ninguna persona, de ningún rango, grado o condición cualquiera, de ningunos dineros, bajo excusa de una oblación, o de ninguna otra manera, bajo pena de perder su oficio.

A pesar de tales condenas, esta práctica (que llegó a conocerse en los países de habla inglesa como Boxing Day) continuó durante cientos de años. Los empleados de los bancos de Londres y los oficiales de la Oficina Británica del Exterior seguían solicitando estas gratificaciones navideñas ya bien entrado el siglo XIX.

Durante el Adviento y los Doce días de Navidad, ciertos grupos sociales, generalmente al margen de la comunidad, recibían privilegios temporales y podían exigir regalos, ir a pedir (“questing” en inglés). Era una época en que individuos o grupos iban de puerta

en puerta pidiendo dinero o alimentos a cambio de una canción o buenos deseos. En Inglaterra esta costumbre adoptó muchos nombres: *mumping*, una palabra derivada de la jerga de los gitanos y que se refería a la forma de hablar de los mendigos desdentados (*mumbling*) o *going a-corning*, es decir, ir en busca de regalos de granos; o el 21 de diciembre, día de san Tomás, las ancianas podían ir de *Thomasing* o *gooding*, literalmente “Tomasear” y “beneficiar”, esto último debido a que se consideraba que dar es benéfico para el alma. Esta era la canción que cantaban las mujeres indigentes a las puertas de los ricos:

¡Buen día! ¡Buen día!
 Santo Tomás pasa muy rápido,
 Así que por su beneficio rogamos,
 Ya que el buen tiempo se va.
 El gris de Santo Tomás, el gris de Santo Tomás,
 La noche más larga y el día más corto,
 Feliz de recordar el día de Santo Tomás.

Las *Wassail Wenches*, *Milly Maids*, o *Wassail Virgins*¹, eran mujeres inglesas que a cambio de limosnas, cantaban un villancico como “Las siete alegrías de María” y le ofrecían a su donador un trago de una copa navideña. En el continente, actividades similares se llamaban *Klöpfelgehn* en Alemania y *l’aguilanneuf* o *la guignolée* distintas en Francia; grupos de edades o clases salían en diferentes noches, algunos en el día de san Martín, otros (en particular las jóvenes) el día de santa Catalina, otros el día de los Inocentes, el día de año nuevo o en Epifanía. Era costumbre que esas noches se vieran hombres vestidos como los Reyes Magos, los guardias del

1. “Las sirvientas cantantes de villancicos,” “las doncellas del algodón,” o “las vírgenes cantantes”, respectivamente. *Wassail* es una palabra que combina la idea de cantar villancicos con la bebida que ofrecían estas mujeres, una especie de cerveza (*ale*, *ail*) hecho con cerveza, azúcar, jengibre, nuez moscada y canela.

rey Herodes, diablos o locos. Los pedigüños procuraban las casas en las que se había dado un nacimiento durante el año y evitaban aquellas en las que había habido una muerte.

Entre los grupos cuyo estatus cambiaba durante la temporada navideña estaban los niños, a quienes se les daba libertad para molestar a todo mundo y pedir regalos a sus vecinos. En el siglo XVI el poeta Barnabe Googe escribió en desaprobación de esa costumbre:

Tres días antes de que nazca el Señor de la Gracia
 El jueves corren niños y niñas por todas partes
 Llaman y golpean en todas las puertas, con toquidos y
 chasquidos avaros,
 Y gritan, antes del mismo advenimiento del Señor,
 Y desean a todos los vecinos, que en las casas que habitan,
 Haya un año feliz, y todo para vivir y prosperar:
 Y les dan peras y ciruelas y dinero, cada hombre regala
 gustoso

A veces, los niños llevaban ramas o muérdago, reminiscencia de las ramas de verbena de las calendas romanas. Originalmente eran ramas llamadas *strenae*, provenientes del bosque de la diosa Strenia, la fuerza, y de allí proviene el nombre en francés de los regalos de año nuevo: *étrennes*.² Se consideraba de buena suerte dar regalos a los que pedían, especialmente cuando sus solicitudes iban respaldadas con amenazas: “¡Que Dios te colme de diarrea hasta la próxima Navidad!” “¡Que Dios te envíe ratas y ni un gato o perro para cazarlas, ni un palo para matarlas!” En la isla griega de Chios, al hombre que escatimara en regalos de Navidad le deseaban que los pies se le convirtieran en patas con pezuñas, y en la isla escocesa de South Uist, esta espeluznante maldición se lanzaba con los puños en alto:

2. En español, da origen a la palabra “estrenar”: usar algo por primera vez.

Que la maldición de Dios y del año nuevo caiga en ti
Y el daño del lastimero buitre,
Del halcón que se roba las gallinas, del cuervo, del águila.
Y el daño de la astuta zorra.
Que el daño del gato y el perro caigan sobre ti,
Del jabalí, del tejón y del demonio,
Del insistente oso y del salvaje lobo,
Y el daño del apestoso zorrillo.

No era de sorprender que la mayoría de las casas dieran lo que podían, tratando de evitar que el menor ardid cayera sobre ellos.

Si bien podemos notar la larga asociación entre la Navidad y la entrega de regalos, lo que le faltaba al mundo era la aparición anual de un portador mágico de regalos, uno que se preocupara en especial de los niños. Esa figura aparecería en el siglo XII, en la forma de san Nicolás.



Para el año 1100, San Nicolás era el santo más poderoso en el calendario de la Iglesia, rivalizado en su influencia sobre el cielo y la tierra, únicamente por la Bendita Virgen María. La leyenda de Nicolás (y la debemos llamar así porque sus fundamentos históricos son inciertos) afirma que se trataba del obispo de Myra, un lugar en la costa de lo que hoy es Turquía, a principios del siglo IV. Aunque sus actividades principales (si las hubo) son motivo de especulación, sabemos que a pocos siglos de su supuesta muerte, el 6 de diciembre de 343, empezó a haber una gran cantidad de historias alrededor de él, y que fue objeto de considerable veneración en los alrededores del Mediterráneo. En estas historias, Nicolás (nombre que significa “la victoria del pueblo”) asume el papel de realizador de maravillas, renombrado por los milagros en que se salvaron muchísimos

marineros, soldados, oficiales, niños y paisanos que morían de hambre.³ Durante su vida e incluso después de su muerte, se podía contar con que Nicolás fuera en la ayuda de quienes lo llamaran, fueran cristianos, judíos, musulmanes y otros “infielos.” A veces tierno y enriquecedor, y otras blandiendo un vengativo látigo o vara, Nicolás tenía los poderes del vuelo y del transporte milagroso, y salvaba a inocentes cautivos de la esclavitud, flotaba sobre mares tormentosos para calmar las olas o aparecía repentinamente frente al culpable para confrontarlo con sus fechorías.⁴

Dos de estas historias tienen una importancia especial para los orígenes de Santa Claus. En una de sus primeras leyendas, el joven Nicolás se entera de que un padre, al encontrar que no puede proveer dotes para sus tres hijas, decide, renuente, venderlas como esclavas y prostitutas. Con supremo tacto, Nicolás logra arrojar durante tres noches seguidas, bolsas de oro por la ventana del padre, y así salva a las niñas de vivir en desgracia. El beneficiario de esta caridad descubre las secretas buenas acciones nocturnas de Nicolás, pero éste le pide que no se le revele a nadie. El agradecido padre, de todos modos debe haber esparcido la historia, porque con el tiempo, Nicolás se convirtió en patrono tanto de las jóvenes como de los matrimonios fructíferos.

En la segunda historia, Nicolás, ya todo un anciano obispo, se detiene una noche en una posada, donde el malvado posadero ha matado a tres muchachos estudiantes y ha colocado sus desmembrados restos en escabeche, dentro de un barril en su

3. Ernest Kutz y Katherine Ketcham proponen el interesante argumento de que Nicolás fue el primero de los santos que no fue venerado por haber sufrido martirio, y que los cristianos de la antigüedad tardía lo reverenciaban por su “constante y singular amabilidad desinteresada en la vida cotidiana”. *The Spirituality of Imperfection* (Nueva York: 1993), p. 37.

4. Varios autores han intentado relacionar a san Nicolás, y por extensión a Santa Claus, con progenitores paganos. La mayoría ha exagerado el caso, pero se invita al lector curioso a dirigirse a Tony Van Renterghem, *When Santa Was a Shaman* (St. Paul: 1995) y a Phyllis Siefker, *Santa Claus, Last of the Wild Men* (Jefferson, NC: 1997).

bodega. Milagrosamente, Nicolás detecta este acto atroz y regresa a los estudiantes a la vida; este hecho inspiró a incontables artistas durante siglos, que desde entonces muestran al santo sobre tres figuras desnudas que surgen de un barril. El asesino confiesa y se arrepiente; Nicolás es compasivo y va tan lejos que promete que la esposa estéril del posadero dará a luz un hijo, y de allí que el santo sea patrono de estudiantes y niños.

La fama que disfrutaba Nicolás se aceleró rápidamente, tras su violento secuestro en 1087. Las reliquias, restos físicos de los santos, tenían un alto valor en la Edad Media debido a sus poderes para hacer milagros. Los peregrinos podían viajar miles de kilómetros para visitar una iglesia en donde se alojara el fémur de san Swithin, el manto de San Martín o una gota de leche del pecho de la Virgen María, con la esperanza de que al entrar en contacto con ella o incluso con tan solo colocarle la mirada encima, la reliquia obrara una cura milagrosa. Los viajes devocionales le aportaban prestigio a una ciudad y enriquecía sus iglesias con las agradecidas ofrendas de la fe. Se creía que las reliquias de determinados santos eran especialmente potentes y se convertían en objetos de un comercio internacional donde las compraban, vendían, pedían prestadas o eran robadas. Se afirmaba que las reliquias de Nicolás exudaban un líquido aromático o “mirra” que fluía de la tumba del santo y atraía a los visitantes a su sepultura, incluso después de que los turcos hubieran acabado con Myra. Algunos devotos del occidente cristiano empezaron a pensar que era una vergüenza y un reproche que los restos de un venerado obispo permanecieran en tierras regidas por infieles e hicieron planes para llevarlo a la seguridad de territorio católico.

Ese “traslado” de reliquias no era raro. La práctica se había hecho famosa por unos marineros venecianos que en el siglo IX robaron los huesos de san Marcos, bajo las mismas narices de los musulmanes de Alejandría, escondiendo al santo apóstol en un

cargamento de puerco. Venecia había prosperado bajo el patronazgo de san Marcos y en el año de 1087 los venecianos empezaron a mirar con nostalgia hacia Myra y san Nicolás. Sin embargo, otros interesados marinos se dieron cuenta de los deseos de Venecia y actuaron rápidamente para impedirlo. Mercaderes del puerto de Bari, en el sur de Italia, regidos por los normandos, que desde hace mucho tiempo estaban enamorados del culto a Nicolás, corrieron hacia Myra y se abrieron camino hasta la iglesia que alojaba la tumba. Al descubrir que no estaba resguardada por un ejército de feroces sarracenos, sino apenas por un puñado de monjes ortodoxos, trataron de razonar, sobornarlos y finalmente amenazarlos, para que los desarmados custodios revelaran en dónde yacían los restos. Los monjes cedieron esta información sólo después de que una comunicación del santo mismo dejara claro que él deseaba abandonar la que fuera su morada durante unos siete siglos, para ir a vivir en otra parte. Alegres, los baritanos regresaron a Italia, donde san Nicolás fue vuelto a enterrar, y sus restos nuevamente empezaron a rezumar su milagrosa *manna di san Nicola* (los venecianos también afirmaron haberse hecho con las reliquias del santo y los antiguos guardianes de Myra juran que nunca entregaron los verdaderos huesos, así que tres ciudades podían reclamar ser agraciadas con su presencia. Los santos, al parecer, se multiplican por división⁵). En 2004, estas reliquias fueron sujetas a tecnología forense, de la cual se afirma que puede reconstruir una imagen facial original a partir de los restos óseos. Aparentemente, san Nicolás medía cerca de 1.68 metros, tenía mandíbulas y cejas amplias, y, quizá algo poco sorprendente tratándose de un santo conocido por sus intervenciones directas, la nariz rota.

5. Más tarde, Bari donó un fragmento de san Nicolás a una iglesia en Nueva York, pero lamentablemente la iglesia y la reliquia fueron destruidas durante los ataques terroristas sobre Manhattan, el 11 de septiembre de 2001.

Nicolás, además de protector divino de los grupos mencionados, también lo fue de muchos otros: oriundos de Aberdeen, boticarios, austriacos, panaderos, fabricantes de barriles, belgas, boteros, lustrabotas, cerveceros, novias, carniceros, fabricantes de botones, cautivos, fabricantes de velas, toneleros, trabajadores en los muelles, farmacólogos, holandeses, bomberos, pescadores, floristas, falsos acusados, griegos, novios, merceros, jueces, los oriundos de Liverpool, estibadores, mercaderes, asesinos, recién casados, notarios, solteronas, huérfanos, párrocos, pobres, prestamistas, perfumeros, farmaceutas, peregrinos, piratas, poetas, pepenadores, rusos, marineros, cazadores de focas, fabricantes de barcos, sicilianos, comerciantes en especies, ladrones, viajeros y tejedores. Su culto había empezado en la costa oriental del Mediterráneo, pero después de instalarse con firmeza en Occidente se extendió por toda Europa e incluso tan lejos como en Groenlandia, donde la primer catedral erigida por los colonizadores vikingos recibió su nombre. Se cantaron himnos en su honor, se escribieron liturgias para alabarlo, vidrios emplomados y estatuas retrataron sus hechos, sus milagros fueron representados en obras, y en el siglo XII unas generosas personas de Francia trataron de imitarlo de una forma que cambiaría al mundo.

Para la Edad Media, la Navidad y los regalos se habían vuelto inseparables, pero se esperaba que los niños que desearan estos regalos salieran a pedirlos, yendo de puerta en puerta, en grupos, y acompañando sus peticiones con amenazas. Unas monjas francesas lograron una revolución en la forma de dar regalos alrededor del 1100, cuando al honrar al santo patrono de los niños, empezaron a dejar regalos en secreto en las casas de los niños pobres en la noche de san Nicolás, dándole el crédito al santo. Esta práctica se extendió por toda Europa occidental y central, aunque curiosamente, nunca llegó a las tierras católicas del sur, en donde desarrollaron sus propias historias de portadores sobrenaturales de regalos en Navidad. Esta es una versión inglesa del siglo XVI sobre la visión alemana de la

costumbre relacionada con la leyenda de las tres bolsas de oro y la misteriosa llegada de los regalos:

Daba en secreto san Nicolás dineros a las doncellas,
 Y para que siga siempre con su acostumbrada generosidad
 Las madres a sus niños esa Noche los hacen ayunar
 Y colocan, cuando todos profundamente duermen,
 Manzanas, nueces y peras, y otras cosas también como
 Gorras, zapatos y vestidos, que secretamente esconden
 Y a la mañana siguiente, cuando las encuentran,
 Dicen que las trajo san Nicolás...

El santo entraba por la ventana (incluso si estaba cerrada con una tranca) o por la chimenea; a veces llegaba solo y a veces acompañado; dejaba regalos en medias y en zapatos, junto al fuego, cerca de la ventana, al lado de la cama; caminaba o volaba o andaba en un burro. De cualquier forma que realice sus milagrosos actos de generosidad, los niños le han pedido cosas en oraciones y en canciones durante siglos. En Artois, al norte de Francia, cantaban:

San Nicolás, patrón de los niños buenos
 Me arrodillo ante ti para que intercedas.
 Escucha mi voz tras las nubes
 Y esta noche tráeme algunos regalos [*joujoux*].
 Más que nada deseo una casa de muñecas
 Con algunas flores y pequeñas aves,
 Una montaña, un verde prado,
 Y algunas ovejas abrevando en arroyuelos.

En los Países Bajos suplicaban:

Sinterklaas, buen hombre noble,

Deja algo en mi zapato,
Una manzana, un limón,
Una nuez para partir.

Se adoptó tan ávidamente la costumbre de dar regalos en la noche del santo, que empezaron a surgir mercados de san Nicolás para ofrecer los juguetes y las golosinas que la ocasión exigía. En pueblos de Alemania, Francia y los Países Bajos, estos mercados fueron los lugares en donde podían exhibir sus mercancías los fabricantes profesionales de juguetes y muñecas que empezaron a surgir, y los panaderos y reposteros que producían dulces de temporada, como los mazapanes, el pan de jengibre y las galletas con la figura del amado obispo. Los historiadores que han cuestionado el amor de los padres medievales por sus hijos deberían considerar las formas en que padres y madres se entregaban a estos recursos para deleitar a sus pequeños en Navidad. Puede ser que la visión de Jesús a finales del Medioevo como hermano de la humanidad, motivara a los padres a marcar la temporada de su Natividad dando la misma clase de regalos que se daban a los niños cuando les nacía un hermanito o hermanita. Sin embargo, para que el santo no parezca tan benevolente, se debe recordar que también tenía su lado severo: este era el mismo Nicolás de leyenda que golpeaba a infieles y malhechores con varas y látigos. Los niños que se portaban mal sabían que los esperaba un zapato vacío o una vara en las medias. Las familias alemanas usaban una *Klasholz* – tablilla de Nicolás– en la que marcaban la cantidad de Padrenuestros que decían los niños, tanto para impresionar al santo cuando llegara como para recordar a los niños la naturaleza condicional de los esperados regalos. En Inglaterra, un libro de leyendas de santos, impreso por William Caxton en 1483, anotaba que si bien Nicolás era humilde y alegre, también era “cruel al corregir”.

Las revoluciones religiosas que barrieron la civilización occidental en el siglo XVI no perdonaron a la Navidad y al hábito de dar regalos. Los reformistas protestantes depreciaban universalmente el culto medieval de los santos, que había afirmado que algunas almas cristianas tenían más influencia en el cielo que otras y por lo tanto eran merecedoras de devociones y oraciones. A lo largo de Europa occidental y del norte, se abolieron los días de los santos, derribaron sus estatuas y miles de costumbres sociales sufrieron cambios. ¿Podría sobrevivir san Nicolás y su papel de portador de regalos?

En la mayoría de los países protestantes, la respuesta fue no. Nuestro agrio poeta Barnabe Googe relacionaba la entrega de regalos del 5 de diciembre con la excesiva veneración de los santos y otras prácticas no especificadas, pero seguramente atroces y papistas, diciendo: “Así, a las tiernas mentes se les enseña a adorar a los santos y cosas malvadas”. En Inglaterra no volvemos a escuchar de las visitas nocturnas de san Nicolás después de que Elizabeth I subió al trono en 1558. En ese país y en Escocia, los regalos fueron reservados, a partir de entonces, al día de año nuevo y durante mucho tiempo no supimos de regalos para los niños.

En muchas áreas de Alemania, tanto protestantes como católicas, el pobre de Nicolás fue desplazado por un nuevo portador de regalos, el Niño Jesús. Martín Lutero mismo habló de la coexistencia pacífica de las dos figuras, cada uno dando regalos en su noche respectiva. En 1532 escribió: “Esto es lo que hacemos cuando les enseñamos a nuestros niños a ayunar y rezar y colgar sus medias – que el Niño Jesús o San Nicolás les pueden traer regalos. Pero si no rezan, no recibirán más que una vara o manzanas de caballo—”.⁶ Sin embargo, más adelante en ese siglo, sus discípulos pedirían una purga más completa del santo. En Estrasburgo, en 1570, un predicador reformista solicitó que se cambiara el nombre del

6. El reformador se refiere a *pferdopfe*: estiércol de caballo

famoso mercado navideño, y que la feria de san Nicolás se llamara Christkindelmarkt en honor al Niño Jesús. El teólogo calvinista Walich Sieuwerts clamó: “Es una costumbre tonta y sin sentido llenar los zapatos de los niños con toda clase de dulces y tonterías. ¿Qué otra cosa es esto, sino sacrificio a un ídolo? Aquellos que lo hacen parecen no entender lo que es la verdadera religión”. En el pueblo holandés de Grave, las autoridades deploraban el hecho de que la práctica de dar regalos de san Nicolás ponía “a mucha gente decente en grandes gastos y estimula la superstición en los jóvenes”. Prohibían a todos los ciudadanos observar la celebración o permitir que sus hijos pusieran sus zapatos para que el santo los llenara. En Amsterdam derritieron la estatua de plata de Nicolás para pagar la guerra contra los caciques españoles y prohibieron el mercado de san Nicolás. Los pueblos frisones vetaron que la gente saliera a pedir en la noche de san Nicolás y en la ciudad de Arnhem se prohibieron las galletas con forma del santo, aun en las casas. A lo largo de Europa, las autoridades eclesiásticas y seculares reprimieron la vieja costumbre de elegir niños del coro de la iglesia como “Obispos Nicolás”, que tradicionalmente presidían sobre servicios, desfiles y fiestas entre el 6 y el 28 de diciembre.

Teólogos y magistrados podían maldecir y emitir edictos, pero la proscripción de la magia invitaba, con seguridad, a la resistencia. Si bien un portador de regalos sobrenaturales les había sido negado, las familias de Europa pronto descubrieron un ejército de figuras misteriosas capaces de tomar su lugar, algunas oscuras y amenazadoras, otras, criaturas de luz y gracia, todas ellas dispuestas y listas para llevar presentes a los hogares de los niños buenos. Los siglos entre la Reforma y la Revolución Industrial vieron la aparición navideña de “cocos” greñudos, brujas con dientes de hierro, figuras fantasmales de blanco, diablos con cadenas, hombres cubiertos de pieles, de paja y de cuero, hadas, reyes, ángeles, santos y un sorprendente tronco espía.

A principios del siglo XVII, un pastor protestante advirtió a los padres que no debían dejar regalos en las camas de sus hijos y darle el crédito a san Nicolás. “Esta es una mala costumbre”, dijo “porque señala a los niños hacia el santo, cuando sabemos que no es san Nicolás sino el santo Niño Jesús quien nos da todas las cosas buenas para el cuerpo y el alma, y es sólo a El a quien debemos llamar”. Para los protestantes, el Niño Jesús o *das Christkindl*, como se le conocía en las tierras de habla germánica, era la opción obvia como nuevo portador de regalos: ya que Dios era la fuente original de todas las cosas buenas ¿qué mejor sustituto para un obispo desacreditado podría haber que el mismo santo niño cuyo nacimiento se estaba celebrando? La celebración se desplazó conforme a esto lejos del día del santo, de principios de diciembre a la Nochebuena, concentrándose así más claramente en la razón de la estación (como dirían en los siglos posteriores). Esta fue una costumbre tan sensible que *le petit Jésus* empezó a aparecer el 24 de diciembre en muchas áreas católicas también. Sin embargo, el cambio al recién nacido Jesús no estuvo libre de obstáculos. Para empezar, cualquier adulto se podía vestir de Santa Claus y escenificar una aparición en la casa o en la escuela para impresionar a los niños y preguntarles sobre su conducta, pero bebés humanos genuinos no representaban personificaciones confiables del nuevo divino portador de regalos. En consecuencia, el niño Jesús era representado por una joven adolescente vestida de blanco. También era difícil imaginar a la infante cargando la pesada bolsa de juguetes y regalos que la ocasión requería, y por lo tanto se necesitaban asistentes que llevaran las cosas.

El asistente también podía funcionar como un útil intimidante, un bebé difícilmente podría asustar a las personas para que fueran buenas, pero un diablo o un ogro que arrastrara cadenas, varas o un látigo, concentra las mentes errantes de los niños maravillosamente. Así se les dio la bienvenida a Krampus y Cert, figuras demoniacas

de Europa central; Père Fouettard (Padre Fuete) de Francia; Hans Trapp en Alsacia; o Knecht Ruprecht en Alemania. Una colección de greñudas criaturas salvajes surgió de la extraña metamorfosis sufrida por san Nicolás. Aunque se prohibió que su imagen santa y episcopal apareciera, reapareció en una variedad de formas amenazadoras y semibestiales. Como Ru-klaus (Nicolás el duro), Aschenlas (Nicolás de las cenizas) o Pelznickel (Nicolás peludo), quienes servían para recordar a los niños malos que sus pecados ameritaban una buena golpiza o incluso ser arrojados en una canasta a un destino truculento.

Muchos de los portadores de la nueva generación fueron femeninos. En Italia, La Befana bajaba por las chimeneas en la noche de Epifanía trayendo regalos para compensar por no haber aprovechado la oportunidad de acompañar a los Reyes Magos en su viaje para adorar al Niño Jesús. En el franco condado, la tía Arie bajaba de su cueva en la forma de una bruja con pies de ganso y dientes de hierro. Metiéndose por cerraduras o ventanas, recompensaba a los niños y niñas buenos, pero a los malos les dejaba un par de orejas de burro o varas de abedul mojadas en vinagre. En relatos más fantasiosos, se llevaba a los niños malos a un río y a los buenos los amamantaba con sus pechos gigantes. En Alemania estaba Frau Holle, una viejita con pelo blanco y dientes prominentes; en Alta Sajonia las *trotte-vieilles* eran amables hadas; y en Alsacia, la Dame de Noël aparecía con una corona y una canasta de golosinas.

El tronco de Navidad fue una de las tradiciones más esparcidas de la temprana Europa moderna. A partir de su primera aparición registrada en 1184, algunos historiadores han tratado al tronco como una versión no debilitada de los antiguos sacrificios humanos celtas, mientras otros lo relacionan con las obligaciones feudales alrededor de la provisión de leña. Cuales fueran las raíces de la práctica, se hizo costumbre desde Escandinavia hasta Serbia, desde Escocia hasta Italia, a través del sur de Francia hacia

España, arrastrar un gran bloque de madera durante la temporada de celebraciones y atenderlo con ceremonia y superstición. Se le podía decorar con hojas, listones y flores y ungirlo con vino, granos o sal. La madera se encendía con un remanente del tronco del año anterior, que era mantenido cerca de la casa, protegido de rayos, mohos, granizo, incendios y sabañones. Mientras el tronco ardía a lo largo de los Doce Días de Navidad, la Virgen María vendría por la noche y se sentaría frente a él para cambiar los pañales del Niño Jesús; también se sabe que ángeles, los tres Reyes Magos, y los espíritus de los muertos de la familia buscaban el calor del tronco durante las largas noches de invierno. En partes del norte de España y el sur de Francia, una de las características notables del tronco era su capacidad de defecar regalos. Existen variaciones sobre el tema. En Cataluña, los niños golpeaban el tronco, cantando canciones tradicionales al *caga tío* y un encantamiento que producía un flujo de dulces, nueces, higos y finalmente, como señal de que el tronco había terminado, un arenque salado o una cebolla. En Borgoña y el franco condado, se considera que el tronco “orina” regalos; se envía a los niños a rezar en los rincones, mientras los padres esconden dulces bajo el tronco. En Doubs, se cubría al tronco con una piel de oveja y los niños obtenían las golosinas al golpearlo con varas.

En algunos países protestantes en donde la versión calvinista se asentó, no sólo se abolió a san Nicolás, sino a la Navidad misma. En Escocia, en la puritana Nueva Inglaterra y en ciudades de Suiza e Inglaterra, de 1645 a 1660, la celebración de la Navidad del Señor fue prohibida por la ley, así como todas sus ceremonias. La comida navideña y decorar las casas con follajes fue prohibido. No ir a trabajar el 25 de diciembre, ir a la iglesia, cantar villancicos, jugar juegos tradicionales, o banquetear con la familia o los vecinos bien podía ocasionar multas o incluso la prisión. En Londres, tropas puritanas irrumpían en servicios navideños en las iglesias, vigilaban que los negocios permanecieran abiertos y destruían decoraciones.

En Aberdeen catorce mujeres fueron arrestadas por “jugar, danzar y cantar sucios villancicos en Yule Day (Navidad)”. Las autoridades de la iglesia de Glasgow excomulgaron en 1583 a aquellos que celebraron la Navidad y, por toda Escocia, los panaderos que hicieran pan de navidad o aquellos que cantaran villancicos eran perseguidos; el ministro calvinista de Errol fue tan lejos que equiparó en cantar villancicos con fornicar. En la América puritana, la Corte General de Massachusetts en 1659 prohibió la observación de la Navidad bajo pena de recibir una multa de cinco chelines, mientras que en Connecticut se prohibieron la Navidad, los días de los santos, las tartas de frutos secos, jugar a las cartas y los instrumentos musicales. ¡En Ginebra observar la Navidad ameritaba veinticuatro horas en la prisión del pueblo!

Como hemos visto, los regidores calvinistas de los Países Bajos intentaron un régimen similar de legislación anti-Navidad. Las tradiciones del 5 de diciembre de dar regalos, las galletas de jengibre, los espectáculos de marionetas, los puestos de vendedores de muñecas y el mercado de san Nicolás fueron prohibidos como muestras de idolatría que sencillamente trasgredían la palabra de Dios. Si bien existe evidencia de oposición a esta clase de acciones en otros países y señas de observación encubierta de la Navidad en otras jurisdicciones calvinistas, en Holanda la resistencia fue muy abierta y notablemente exitosa. Cuando se legisló en Amsterdam contra hacer galletas y velas con efigies, un grupo rebelde de muchachos de once años protestó y con ayuda de sus padres vieron que la proclamación nunca entrara en vigor. La supervivencia de las tradiciones de san Nicolás en ciudades holandesas es elocuentemente retratada en la pintura de Jan Steen, *La fiesta de san Nicolás*, que muestra a una familia holandesa de clase media en la mañana del 6 de diciembre. Un chico llora al encontrar que en su zapato sólo hay una vara, una pequeña niña abraza una muñeca nueva y una cubeta de juguetes, mientras la mirada de otro niño está dirigida

a la chimenea por la que el santo entró y salió con éxito la noche anterior. Por todos lados hay signos de las golosinas de la época: nueces, *waffles* y hogazas especiales. Claramente, Sinterklaas había evadido su pretendida extinción en Holanda.

Algunos historiadores afirman que la veneración de san Nicolás nunca fue llevada a través del Atlántico en el siglo XVII a los territorios holandeses de ultramar como Nueva Holanda, o su capital Nueva Amsterdam, colonia que fue transformada en Nueva York por la invasión británica. Sin embargo, la primera mención del santo en prensa ocurrió apenas en diciembre de 1773, cuando un periódico de Nueva York, el *Rivington's Gazetteer*, reportó que el aniversario de san Nicolás, “también llamado Santa Claus”, había sido recientemente marcado por “una gran cantidad de Hijos del antiguo Santo”. Existe evidencia de una persistente supervivencia del culto a Nicolás en el Nuevo Mundo, en la forma de una prensa para galletas de la era colonial, de 61 cm de alto, con la forma de un obispo resucitando a los tres muchachos escabechados (que un museo de Nueva York preserva a la fecha) y las palabras de una canción infantil del siglo XVIII.

En 1809 un joven escritor neoyorkino, llamado Washington Irving, publicó una historia satírica de esta ciudad, con el título de *Una historia de Nueva York, desde el principio del mundo hasta el final de la dinastía holandesa, por Diedrich Knickerbocker*. Según Irving, las familias coloniales holandesas veneraban a san Nicolás como patrón y guardián local. Fue la imagen de san Nicolás la que se grabó en la proa de la nave que trajo a los colonizadores al Nuevo Mundo, barco que Irving afirmaba que estaba armado “por los más hábiles carpinteros de Amsterdam, quienes, como es bien sabido, siempre modelan sus naves con las bellas formas de las mujeres de su país. Por lo tanto, tenía cien pies de manga, cien pies de quilla y cien pies de la base del poste de popa a la corona del puente... Lleno de moños, con un par de enormes cabezas de

gato, el fondo de cobre ¡y el más maravilloso castillo de popa!” El santo fue representado (en 1809 y con más detalle en ediciones posteriores) volando sobre la ciudad en una carreta y bajando por las chimeneas para entregar regalos en el día de su nombre. Aunque el libro irritó a los descendientes de los colonizadores holandeses, la *Historia de Knickerbocker* fue ampliamente leída en los Estados Unidos y Europa, con lo que su autor se hizo famoso y san Nicolás americano.

Al año siguiente de que Irving reintrodujera a sus conciudadanos con la leyenda de Nicolás, el historiador John Pintard, fundador de la Sociedad Histórica de Nueva York presentó un panfleto en la junta anual del grupo, con una imagen del santo. Pintard era un gran partidario de la Navidad doméstica y elegante, en oposición a las escandalosas y alcoholizadas celebraciones callejeras favorecidas por los órdenes más bajos. El tallado en madera que decoraba su panfleto mostraba a un severo obispo con aureola, sosteniendo un báculo. A su lado, una escena de un hogar en la mañana del 6 de diciembre: una pequeña niña, presumiblemente bien portada, sostiene muchos dulces en su delantal, mientras su hermano se lamenta por las varas que le dejaron a él. El fuego de la chimenea ilumina las medias que cuelgan de la repisa y un desayuno de waffles y salchichas. El verso escrito en holandés e inglés dice:

¡San Nicolás, bueno y santo!
 Ponte tu tabardo [abrigo], lo mejor que puedas,
 Ve, así vestido, a Amsterdam
 De Amsterdam a Hispanje [España],
 En donde las brillantes manzanas de Oranje,
 E igualmente las granadas que dan su nombre,
 Ruedan por las calles libres y sin dueño.
 ¡San Nicolás, querido amigo!
 Servirte siempre fue mi fin,

Si ahora algo me das,
Te serviré todos mis días hasta el final.

El lector observador habrá notado que si bien la América de 1810 estaba consciente de un portador de regalos sobrenatural, el nombre de esa figura benévola era claramente san Nicolás y su forma era la de un austero obispo extranjero. En toda esta literatura, ¿en dónde estaba la afelpada y regordeta figura llamada Santa Claus? Paciencia, por favor, nos estamos acercando a nuestro personaje. Esa dura bestia está por nacer.

Menos de dos semanas más tarde, el 15 de diciembre de 1810, otro poema anónimo apareció en el *New York Spectator*, alabando al “buen y santo hombre, al que llamamos Sancte Claus” por los regalos que trae, pidiéndole que no use su vara y prometiéndole buena conducta a cambio de su benevolencia:

¡Buen y santo hombre, a quien llamamos Sancte Clause!
En la guardería siempre te alabarán;
El día de tu alegre retorno regresa,
Y cada pequeño pecho arde de gratitud,
Por los regalos que en la noche amable impartes
A las niñas que amas, a los niños de tu corazón.
¡Oh! Ven con tus alforjas y bolsas bien llenas,
Nuestras medias te ayudarán a aligerar la carga,
Cerca del fuego, alegres, se mecen
Encantados soñamos con los presentes que traes.
¡Oh! Trae la brillante naranja, tan jugosa y dulce.
Trae almendras y pasas para hacerlo más dulce;
No debes olvidar los ricos *waffles* y las *dough-nuts* [donas],
Ni los *Crullers* [rosquillas] y *Oley-Cooks* [galletas] recién
hechas.
Todos estos finos presentes su santidad puede encontrar.

¡Oh! No dejes las famosas galletotas detrás;
O, si estás de prisa y algo has de olvidar,
¡Que sea la vara – y ah! Mantenla lejos.
Luego, San Nicolás, durante todo el año,
Amaremos nuestros libros, honraremos a nuestros padres;
De la mala conducta nos retiraremos,
Esperando que regreses a recompensarnos de nuevo.

Allí está, la primera mención impresa de un “Sancte Claus” que trae regalos en las fiestas. Este fenómeno incipiente en forma clara semeja a san Nicolás, el viejo obispo de extracción holandesa, operando bajo un alias; sus presentes son alimentos en su mayoría; y puede dar tanto miedo como para pedirle que olvide su arma, pero podemos considerar este pequeño poema como el anuncio del nacimiento de Santa Claus.

Santa Claus es uno de los invitados principales a la celebración de la Navidad. Su imagen, siempre asociada a la generosidad, la gratitud y la magia; es reconocida prácticamente en todos los rincones del planeta. Y aunque su incursión en la escena navideña es reciente, unos cuantos años bastaron para que el gorro, las botas y el trineo se apoderaran del inconsciente colectivo.

¿De dónde vino este personaje de barba blanca? ¿Es una figura mitológica, una creación literaria o una herramienta de capitalistas perspicaces? ¿Cómo llegó a apropiarse de una gran parte de nuestra existencia? La historia de su vida nos dice mucho sobre el poder del recuerdo y la fantasía, las obligaciones de la infancia y la paternidad, el choque entre lo comercial y lo sagrado.

En estas páginas el lector encontrará al Santa defensor de las causas nobles, al publicista, al político (unas veces liberal y otras conservador), al que aparece en un cartel dirigido a los ejércitos en el frente de guerra y al que anuncia aperitivos y cigarrillos; todas estas caras de Santa Claus se reúnen en este libro que intentará develar quién es en realidad y cómo llegó a convertirse en el personaje más popular del mundo.

GERRY BOWLER es doctor en Historia por el King's College de Londres. Actualmente es profesor en la Universidad de Manitoba en Canadá. Es autor de la *Enciclopedia Mundial de la Navidad* y coautor de *Europa en el siglo XVI*. Fue fundador y director del Centro para el Estudio de la Cristiandad y la Cultura Contemporánea en la Universidad Nazerena de Calgary, Canadá.